

anales del humanismo y de la filología en España, y cuyo nombre habrá de ser mencionado siempre que se recuerden los de aquellos maestros que, á pesar del predominio del latín, restauraron la enseñanza del idioma castellano, y de cuantos han trabajado en la gran obra de la educación general, buscando los medios de hacerla más completa y eficaz.

## ALFONSO V DE ARAGÓN EN NÁPOLES

Alfonso di Aragona continuerá a trionfare in pietra come trionfó in carne ed ossa (1).

De regreso á Italia, el Rey D. Alfonso V de Aragón preparóse para tomar la ciudad de Nápoles, que empezó á sitiarse el día 17 de Noviembre de 1441, ayudado por sus fieles tropas de la Corona de Aragón y por los súbditos italianos que se habían puesto á su lado, unos con sus vasallos y otros con los *condottières* ó tropas asalariadas. Trece meses duró el cerco, que soportaron con tenacidad y arrojo los sitiados, capitaneados por el Duque de Anjou y socorridos por los barcos genoveses, que les surtían de víveres desde el puerto. Los barcos catalanes, reforzados después, impidieron el socorro á la plaza, y sus moradores empezaron á ceder apretados por el hambre. Contribuyó á la feliz empresa la toma de la torre Octavio, que se rindió después de tres días de obstinado combate; la sumisión de toda la tierra de labor, y el auxilio de las naves catalanas, que cerraron el puerto á los sitiados. Un suceso singular facilitó el éxito: dos obreros empleados en los trabajos de la acequia que conducía el agua á la ciudad, inducidos por el hambre ó la desesperación, al tratar de huir fueron descubiertos por las tropas en el momento de salir de la mina que pasaba por el exterior de los muros; y enterado el Rey D. Alfonso, por el relato de aquéllos, del paso subterráneo, dictó las órdenes oportunas para la em-

(1) *L' Illustratione Italiana*, 16 Genaio 1898. *Il trionfo d' Aragona*, por G. Schmidt.



presa. Seiscientos soldados escogidos de Italia y Aragón, capitaneados por Pedro Martínez, Juan Carrafa y Mafeo Jenaro, fueron los destinados á penetrar en la mina; y guiados por dos obreros, Aniello y Roberto, entraron en ella, con el propósito de ir escalando los pozos de las casas de la ciudad. Apercebido el de Anjou de la traición ó detención de los mineros, y previendo el conflicto, dictó las órdenes oportunas para cerrar los pozos, lo que consiguió en parte, no siendo esto obstáculo para que una compañía de 40 catalanes y aragoneses pudieran escalar el pozo de la casa del sastre Citelo, cuya familia les recogió y ocultó hasta la ocasión oportuna. Esta se presentó á las pocas horas, aprovechando el tumulto y ruido del combate que las tropas alfonsinas habían promovido al atacar la parte de los muros de San Juan de la Carbonara. Entonces, saliendo sigilosamente los soldados apostados en la casa del sastre Citelo, atacaron de improviso á las tropas que guardaban la próxima torre de Santa Sofía, y dieron entrada al resto del ejército, que tuvo, sin embargo, que pelear por haber acudido el Duque de Anjou con unos 200 soldados aguerridos. Al mismo tiempo, en el portal de San Jenaro atacaban con igual ímpetu las tropas de las divisiones de Ramón Boyl, Jimén Pérez de Corella y Lope de Urrea, mientras D. Pedro de Cardona, al frente de 500 catalanes, entrando por la calle llamada Maestra, se apoderaba de las alturas. Las tropas rechazaron á los napolitanos, y el Duque de Anjou, viéndose arrollado, se refugió con parte de su compañía dentro el Castillo Nuevo. El de Cardona acudió luego al auxilio de los que combatían en el portal de Santa Sofía, y despejado éste, penetró el resto del ejército en Nápoles.

Alfonso el Magnánimo acudió apresuradamente á contener el saqueo por las tropas; mandó respetar la vida de los habitantes, y devolvió parte de los objetos que las tropas habían tomado como botín de guerra.

El asalto de la ciudad de Nápoles, según las cartas del Rey, tuvo lugar el día 2 de Junio de 1442, y así lo expre-

sa en las que dirigió al Gobernador de Cataluña y á su esposa Doña María, escritas ambas en iguales términos y fecha, y cuyo contenido dice (1). El día 4 prestaron juramento de fidelidad al Rey los síndicos de muchas ciudades, y el día 27 llegó la noticia á Barcelona, lo que se comunicó á Zaragoza, en donde se hallaba la Reina Doña María, á la que había enviado el Rey á su Embajador Bernardo de Riumáyor. Arrojado, por último, del castillo de Nápoles el Duque de Anjou, y dueño D. Alfonso de toda la ciudad, preparóse para efectuar la solemne entrada, que tuvo lugar el día 26 de Febrero. A fin de que el acto revistiera toda la solemnidad, el Consejo de Nápoles había dispuesto que se derribase un lienzo del muro; y por esta brecha, adornada como un arco triunfal, entró el Rey Alfonso á guisa de los Emperadores romanos. Las calles del tránsito por donde debía pasar la comitiva, y el mismo arco provisional, se adornaron de flores y banderas con las armas de los Estados de Aragón y Sicilia, de San Jorge y de San Miguel, y otras con los atributos del libro, la torre, etc. Marchaba al frente de la comitiva para abrir paso entre la muchedumbre, que se agolpaba ansiosa de victorear al triunfador, una escolta de jinetes, gallardamente vestidos, con los caballos encubiertos de ricas gualdrapas de oro, seda y pedrería. Seguía luego una cohorte de pajes y donceles que, vistosamente ataviados, iban ejecutando con sin igual donaire los renombrados

(1) «Lo Rey.—Gobernador. Ya per altres vos havem breument scrit com dissapte a dos del present mes de juny Nos ab nostra gent darmes axi de cavall com de peu donam fort batalla a la ciutat de Napolis la qual ab les dites nostres gents en aquell dia entram e es huy a nos subjugada e a tota nostra obediencia e fidelitat: fem gracias a Nostre Senyor Deus de la victoria quens ha donada speram en ell prestament fer vos hoir altres noves bones de Nos..... Dada en la nostra ciutat de Napolis a VIII de juny any MCCCCXXXII Rex Alfonsus. Dominus Rex mandavit mihi Arnaldo Fonolleda.»

A continuación hay otra carta á la Reina redactada en términos idénticos y con igual fecha. (R-2.716, fol. 202 v.º)



juegos florentinos. Pausadamente caminaba en pos de ellos una gran carroza, chapada de bruñidas láminas de oro, que despedían fulgentes rayos como otros tantos soles, y en ella aparecía una gentil matrona representando la *Fortuna*. Llevadas en no menos deslumbrante carroza, tirada por seis caballos ricamente enjaezados, venían después las *Virtudes*, ostentando cada una el signo que la simbolizaba, y apareciendo sobre todas y en elevado lugar la *Justicia*, sentada sobre solio de púrpura, la desnuda espada en la diestra, la equilibradora balanza en la izquierda, rodeada de ángeles en ademán de ofrecerle palmas y coronas. En torno del carro de las *Virtudes*, revueltos y mezclados en agradable confusión, iba larga turba de jinetes con trajes y hábitos de naciones diversas, representando magnates, príncipes, soberanos y súbditos, como sujetos todos del imperio de la *Justicia*. Doce trompeteros con las insignias heráldicas seguían la comitiva, ostentando los escudos de Aragón, del Reino de Nápoles, de Aragón y Sicilia y el emblema del castillo en campo blanco y encarnado. Precedido de un grupo de doncellas, que adornadas con luengas vestiduras blancas iban agitando ramos de laurel, marchaba el deslumbrador carro triunfal del Monarca aragonés. Tiraban de la carroza cuatro caballos blancos como la espuma de los mares, sin la más ligera mancha, y sobre ella se alzaba el regio solio, en el que aparecía el conquistador de Parténope, armado de todas armas, ceñidas las sienes de laurel como los Césares romanos, cubiertos los hombros con el manto Federical ó imperial, empuñando con su diestra el cetro y sosteniendo con su izquierda el áureo globo, dominado por la cruz redentora. En las gradas del Trono, y á las plantas mismas de D. Alfonso, veíase postrado un personaje que figuraba el *Mundo*, y que de vez en cuando se incorporaba para dirigir al nuevo César una relación escrita en verso y en nativa lengua, loando su grandeza é invitándole á perseverar en el culto de las virtudes, como inseparables compañeras de los héroes y grandes hombres. Iba escoltada la triunfal

carroza por 60 jóvenes napolitanos, vestidos de púrpura y grana, y tras ellos marchaban numerosos grupos de aragoneses y catalanes montados unos y á pie otros, pero todos lujosamente disfrazados de persas, asirios ó árabes. Seguía en pos de los justadores otro nuevo carro; sobre él se alzaba elevada torre, á cuya puerta aparecía de vigilante centinela el Angel de la Guarda con espada desnuda, y en cuya plataforma, coronada de almenas, mostrábanse, gentilmente agrupadas, la *Magnanimidad*, la *Clemencia*, la *Constancia* y la *Libertad*, descollantes virtudes del triunfador. Cerraban por fin aquella larga comitiva los animados grupos de próceres, magnates, caballeros, capitanes y ciudadanos, y detrás de ellos marchaban con militar desembarazo una representación de cada una de las compañías que habían tomado parte en la serie de victorias que abrierá á D. Alfonso las puertas de Nápoles y le sentara en su Trono (1). Satisfecho el Rey D. Alfonso por el buen éxito de la empresa, y dueño de la ciudad de Nápoles, objeto de todos sus afanes, pudo holgadamente dedicarse al arreglo de la ciudad y á la restauración de sus monumentos.

Mandó construir el Monasterio de Santa María de la Paz, de la Orden de la Merced, en Campovechio, en el mismo sitio donde tuvo su Real contra Nápoles, y una capilla bajo la invocación de San Jorge, en la misma abertura de la acequia por donde penetraron á la ciudad las tropas. En la casa que había el pozo, hizo asimismo construir otra capilla bajo la invocación de San Miguel Arcángel. Instituyó, bajo la invocación de San Jorge, una fiesta anual en la que el gremio de ballesteros, ó los cofrades de la Cofradía de aquel Santo, asistían personalmente á una solemne procesión que del Duomo se dirigía á la iglesia de Santa

(1) Esta relación, inspirada del relato del cronista Valla, está sacada, con ligeras modificaciones, del artículo que el Excelentísimo Sr. D. Víctor Balaguer titula «Alfonso V y su Corte de Literatos,» que publicó en 1866 en el Apéndice de su obra *Las calles de Barcelona*.



María de la Paz en el Campovechio. Allí reunidos, y terminada la fiesta religiosa, á la que asistía el Rey, el Arzobispo y la nobleza, en el mismo campo comenzaban los ejercicios de ballesta; y terminados éstos, el Rey en persona entregaba una copa de plata dorada al que se había hecho merecedor del premio. La fiesta terminaba con una merienda. El Rey Alfonso no olvidó nunca los servicios que le prestaron los obreros de la acequia al descubrirle el camino de la mina, ni á todos los que le auxiliaron. En 23 de Abril del siguiente año mandó pagar 36 ducados á los dos obreros mencionados, Aniello y Roberto, y en 6 de Mayo consigna otros 36 ducados anuales á Cercarella, dueña de la casa del pozo por donde penetraron las tropas del sitio, dándole á más á ella y á su hija Elena una pieza de ropa para vestidos. En 1455 la pensión la fija el Rey á 30 onzas anuales, y la carga sobre los impuestos de la sal.

Instalado por fin D. Alfonso en Nápoles, con la vista fija siempre en los sucesos políticos de Italia y de la Santa Sede, y en medio de un continuo movimiento de tropas, de visitas de Embajadores y de súplicas de Cataluña para su regreso, el Rey no cesa de ocuparse de la restauración y arreglo de la ciudad. Para ello se sirvió siempre de sus fieles vasallos, y en las obras y mejoras que efectuó en el puerto, en las calles de Nápoles, en el castillo nuevo y en otros edificios, se valió con harta frecuencia de materiales procedentes de la ciudad de Barcelona, Valencia, Mallorca y demás puntos de la Corona de Aragón, escogiendo también para la dirección de las obras á las personas competentes de los Estados aragoneses.

BIBLIOTECA ALFONSINA.—Fundó una excelente Biblioteca, que inauguró en el castillo Capuano, ínterin se practicaban las obras necesarias en el Castillo Nuevo, que restauró, mejoró y escogió para su residencia. La Biblioteca de Alfonso instalada en Nápoles fué de gran importancia, y contaba un número grande de códices notables; recientemente se ha publicado un Catálogo de su contenido, trabajo que se debe al escritor Mazantini, que con celo sin

igual, valiéndose de diversas noticias esparcidas, pudo formar el total de las obras, las que clasificó y amplió dando noticias de las particularidades que cada una de aquéllas contenía, sin olvidar los códices iluminados y los que llevaban el retrato y los emblemas del Rey Alfonso. La Biblioteca Alfonsina no fué sólo considerada como un depósito de libros: sirvió también para confeccionar otros nuevos y para trabajar, copiando y traduciendo, las diversas obras que aquélla contenía. Tuvo siempre un personal inteligente y adecuado, y la nómina de los empleados correspondía al servicio y tareas de la misma. En 1455 el personal de la Biblioteca era el siguiente: Giovanne de Leone. Capellán de Génova, con el sueldo de 17 ducados mensuales; Francisco Bonunbrello, 20; Pedro de Capua, 17; Virgilio Urzoleo de Capua, 10; Don Fusco, 10; don Altobello, 9; Baltasar Scariglia, ayudante restaurador y encuadernador, 8, y, por último, Gaspar Peiró, Oficial de la Biblioteca, con el sueldo mensual de 20 ducados. El número de empleados no fué siempre fijo, ni todos prestaban el servicio dentro de la Biblioteca (1). Así, por ejemplo, vemos que en Diciembre de aquel año da á su Bibliotecario, Francisco Scales, la cantidad de 100 ducados para la adquisición de libros, y en 24 de Enero del siguiente año entrega 12 ducados al Ayudante de la Biblioteca, Virgilio Urzoleo, para compra de pergaminos para la transcripción del libro *Dello Spirito Santo*, y consigna otros 26 ducados á Baltasar Scariglia para encuadernar las obras: *Lactancio*, primera parte de las obras de Santo Tomás; las oraciones de Esquive y Demóstenes, traducido del griego al latín; un Breviario y un libro sobre los halcones; la Gesta del Reino de Nápoles; un Vocabulario; un Misal francés; dos libros de Cicerón; otro de oraciones, alabanzas á la Virgen, y el Quinto Curcio. En Julio de 1437 manda el Rey Alfonso se paguen

(1) En 1458, habiendo vacado una canongía por muerte de Narciso de Sent Dionis, escribe al Cabildo de Barcelona proponiendo á su librero mayor, el barcelonés Gaspar Peyró.



un ducado y 60 gramos á Pedro Carbonell por el precio de 18 pergaminos empleados para la confección de un libro que había encomendado á su Bibliotecario Juan Serra. En 1433, instalada ya su Biblioteca ó estudio en el castillo Capuano, ordena al custodio de aquélla, Tomás Aulesa, que se restaure y arregle el cuarto ó sala destinada á este objeto, y consigna la cantidad de 16 ducados para la compra de pieles de color rosado, pergaminos, vitelas y objetos propios para la encuadernación. En 1445, desde el Castillo Nuevo de Nápoles, escribe al Baile de Valencia, y le encarga que por medio de Juan de Besaldú le remita *un libre molt bell en lo qual eren les hores de nostra Dona é daltres Sants é lo psalteri*; y al año siguiente, desde el mismo punto, á 15 de Octubre, ordena al mismo que por medio del Clavario de Montesa, Fr. Luis dez Puig, *se fes fer un transllat en pergamins del offici eclesiastic de Sant Alfonso*, y se cuenten los gastos, *axi en compra de pergamins com en fer raure aquells, com en salari de la persona que ha scrit é fet lo dit transllat, com en illuminar é ligar é fer cuberta en aquell com per totes altres coses necessaries per obs de acabar lo dit llibre é trasmetre aquell á nos en aquestes parts* (1). De 1450 á 58, año de la muerte del Rey, la Biblioteca tuvo un incremento extraordinario, y en aquélla, al igual que en los antiguos Monasterios, se copiaron y aprontaron gran número de códices; en 13 de Septiembre del año 1451 manda al custodio de la Biblioteca, Tomás Aulesa, vaya á la campaña de Roma y adquiera 3.000 pergaminos, y en Diciembre subvenciona con 110 ducados á los escribientes Pedro de Capua, Juan di Filippo y Cala Rubicano, miniaturista de la Biblioteca (2). En 1453 adquiere un códice sobre los Evangelios y otro de derecho civil, con la miniatura de un doctor enseñando á los dis-

(1) Archivo de la Cor. de Ar., R-2.719, fols. 21, 32 y 37.

(2) *Alcuni fatti di Alfonso I di Aragona*, dal 15 aprile 1437 al 31 Maggio 1458, per Camilo Minieri Riccio: Napoli, 1881.—Datos sacados de la *Cedole de la Regia Tesoreria Aragonesa*.

cípulos. En aquel año, hallándose en el campamento de la Selva, cerca San Vittore, recibió del bibliotecario Jaime Gasp dos libros de las obras de Séneca que adquirió por compra (1). Como los bibliófilos modernos, y á estilo de buen buscador, no perdonaba medio ni sacrificio, cuéntanse varios casos curiosos referentes á la adquisición de libros por D. Alfonso, llegando á tal extremo, que el ofrecimiento de un libro le hizo mitigar su arrebató bélico pactando paz con los florentinos. Cuando el apresamiento de unas naves genovesas por el barcelonés Juan Lull, supo el Rey que en una de las cámaras se habían encontrado las confesiones de San Agustín: las compró por tres ducados. En Octubre de aquel año 1453, de regreso de la embajada á Génova el célebre escritor conocido por el Panormita, le trajo la obra de Tolomeo, ó sea Mapamundi, por el que pagó la crecida suma de 170 ducados. Un mes antes había dispuesto que el ayudante de su Biblioteca, Baltasar Scareglia, encuadernase en piel y en tamaño folio mayor un libro en blanco para el catálogo. Su librero de confianza fué el Canónigo de Valencia, Jaime Torres, á quien le encomendó distintas veces varias compras de libros y le consignó crecidas cantidades: así lo expresa el Rey en una carta fechada en el castillo de Nápoles en 22 de Septiembre de 1455, y en otra escrita en el mismo punto el 27 de Enero de 1456 y dirigida al Receptor de las pecunias de la Corte, ordenándole pague al Regente de la Bailía general de Cataluña, Jaime Giner, la cantidad total de 590 florines de oro de Aragón por la compra de la obra de Nicolás de Liria, por cuyos códices se pagaron las cantidades de 550 florines, y los restantes 40 por un Policatrón (2). Otro de los empleados de la Biblioteca du-

(1) Suponen los autores que D. Alfonso tradujo al castellano las obras de Séneca.

(2) Arch. de la Cor. de Ar.—Reg. 2.721, fols. 35, 36 y 37.—*Bibliología*. Los códices, diplomas é impresos en la Exposición universal de Barcelona de 1888.—POR EL AUTOR.



rante los dos años mencionados figura con el nombre de Juan Torres, y fué el encargado de confeccionar el libro de horas para uso del Rey.

La cohorte de literatos y eminentes escritores que rodearon al sabio Rey de Aragón Alfonso V, es el mayor testimonio de la ilustración del Monarca, y en los quince años desde la toma de Nápoles hasta su muerte, que fué el período más tranquilo de su vida, no cesó de proteger á las letras y á las artes, haciendo toda clase de sacrificios pecuniarios para socorrer á los artistas y mejorar la ciudad de Nápoles. La protección á las letras no fué en Alfonso V un mero pasatiempo ni un goce egoísta de sus sentidos: es que el Rey Alfonso amaba todo lo bueno y todo lo bello, y quería transmitir á sus vasallos el sentimiento de su alma. En 1453 estableció una escuela gratuita para instruir en las primeras letras á los jóvenes, y nombró para este objeto al profesor Torres su Bibliotecario.

Estos jóvenes, una vez instruídos, recibían una pensión; tres de los más sobresalientes fueron subvencionados para pasar á la Universidad de París á estudiar la Teología, y el teólogo Melchor Miralles fué el encargado de velar é instruir á los pensionados durante su permanencia en aquella capital. Rodeado de los hombres más ilustrados de Italia y de sus Estados de Aragón, se dedicó á los estudios en general, no olvidando sus aficiones de artista, y durante los diez últimos años de su vida estuvo constantemente encomendando obras de escultura y pintura y mejorando la ciudad.

ACADEMIA ALFONSINA.—Fundó la Academia Napolitana titulada Alfonsina en 1442, y encomendó la construcción del Arco de Triunfo del Castillo Nuevo, que fué terminado algunos años después de su muerte. Entre los literatos italianos se distinguieron el milanés Antonio el Panormita, de apellido Becatelli, autor de la obra *Dictis et factis Alphonsi Regis Aragonum*; Lorenzo Valla, profesor de griego y latín, y autor de las *Elegancias latinas* y

de la crónica de Fernando I, titulada de *Rebus gestis a Ferdinando Aragonum Rege*, mereciendo su autor el elogio de sus coetáneos y la distinción del Rey Alfonso; Bartolomé Fazzio, autor de las obras *De vitae felicitate* y *De viris illustribus*, mereciendo del Rey su entera confianza y encomendándole la historia de sus hechos, *De rebus gestis ab Alfonso primo napolitanorum Rege*; Juan Pontano, humanista, discípulo del Panormita; Enea Silvio Piccolomini, que comentó los *Dichos y hechos de Alfonso*, por el Panormita; Jorge de Trebisonda, traductor de varias obras latinas; Poggio Bracciolini, de Florencia, traductor de la *Ciropedia* de Jenofonte; Francisco Filelfo, gran poeta coronado por el Rey y elevado á la nobleza, y, por último, el eminente Leonardo Aretino (su apellido Bruni), á quien D. Alfonso llamaba esplendor de las letras, distinguido elenista y traductor de las obras griegas *Las vidas de Plutarco* y las morales de Aristóteles. Fué autor de una obra en tres libros sobre las guerras púnicas, una historia de los godos y otra de los griegos, y las vidas del Petrarca, del Dante y otros trabajos.

Leandro Aretino sostuvo correspondencia con el Rey D. Alfonso, y fué de los que más contribuyeron á la gloria literaria del Rey; según el Panormita, sostuvo asidua correspondencia desde Florencia, en donde murió en 1443. A continuación incluyo la copia de la carta que le dirigió el Rey pidiéndole las traducciones de los libros de política, y recomendándole para que se los entregue al enviado Jaime Zenobio; el estilo de esta carta es una bella muestra del ingenio de D. Alfonso y de su buen gusto literario. Dice así:

«Alfonsus Rex Aragonum: et utriusque Sicilie etc. Leonardo oratori Salutem. Accepimus te jam emendasse libros politicorum et expecitare qui non gravetur volumen ipsum deferre at nos interim maceramur desiderio videnti ac lectitandi philosophum tuum. Quare te petimus et rogamus ut Jacobo Zenobio huc statim ituro credas et tradas ad nos illico deferendum. Vale splendor litera-